Contradicciones

Jaume V. Bisbal

CONTRADICCIONES

Jaume V. Bisbal

avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2026
© Jaume V. Bisbal, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
Diseño de portada: autor de diseño

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88449-03-1
THEMA: FBA — FBC — FHWQ — FHAH — FHKC
Depósito legal: M-22084-2026

A mis padres, mis hijos y Joana.
A mis padres, Francisco y Angela.
Mi Ser que me abrió esta maravillosa
ventana literaria que tantas satisfacciones
personales me aporta.

Gracias.

Joana Quevedo Pascual, mi compañera,
por ser y estar siempre a mi lado.
Mis hijos, Yolanda y Romario,
por ser la gran aventura como padres.
Segge, el protagonista de Contradicciones.

Gracias.

Joana:

Jaume es un ser apasionado,
entregado y protector, entre
otras cualidades.

Con este su primer libro,
Contradicciones,
ha descubierto una pasión
dormida como escritor,
que despierta,
con su entusiasmo, inquietudes.

Es nuestro viaje de vida,
el de dos almas que se quieren.

Prólogo

Contradicciones nace de la necesidad de buscar respuestas a las grandes preguntas de la vida, más allá de los conceptos convencionales. Con esta apasionante aventura, el lector vivirá su propia experiencia interna, entre la realidad y la ficción, haciendo que se replantee muchos de los conceptos antiguos que hoy en día ya no son útiles.

Es una experiencia directa con tu esencia, donde se te invita a cambiar hacia niveles superiores, como es la supraconciencia, para salir de la Matrix.

Junto a su protagonista, Segge, se crea una simbiosis con el lector. No es un libro más, ya que no te dejará indiferente.

Déjate llevar por este apasionante viaje mágico, donde todo es posible en un mundo cuántico.

Joana Quevedo, compañera de Jaume, licenciada en M.T.C.

Con su primer libro publicado, en lo más personal para Jaume, le ha supuesto una transformación interna que, al igual que el ave Fénix cuando renace de sus propias cenizas y se hace más fuerte, en *Contradicciones* nos daremos cuenta de lo importante que es gestionar bien nuestras emociones y no vivir una vida súper condicionados por los egos.

Jaume es un creador nato, curioso por los grandes misterios de la vida. En este libro despertará en ti inquietudes que están dormidas en nuestra memoria ancestral, que tan bien supo extraer de sus musas, esta apasionante creación de magia cósmica.

Un ser de gran corazón, que no deja nunca de sorprenderme.

De mi ser a tu ser.

Orígenes tibetanos

Año 1956 (Segge tiene cinco años)

Nos situamos al sur de la región autónoma del Tíbet, en la cordillera del Himalaya. Concretamente, en la aldea Imonjeda Pagri, muy cerca de la frontera con Bután, al oeste, en el valle de Chumbi, a más de 4300 metros sobre el nivel del mar.

Es verano de 1976, con sus cambios climáticos tan extremos como son en el Tíbet. Nos adentramos en el hogar de la familia Saddhi, formada por cinco miembros: Dechen, una niña de diez años; Gyewa, su hermana de siete, y el menor de los hijos y protagonista de nuestra aventura, Segge, de cinco años. Drubpa, el padre, tiene treinta y cinco años, y Sattva, la madre, treinta y dos.

Hablamos de una familia tradicional de la casta Tharaki, humilde y ganadera, como es la costumbre en la zona, con sus ancestros y fiel a sus tradiciones. Viven en un entorno salvaje, rodeados por altas montañas, donde en su valle se encuentra la aldea, dando la sensación de que hace muchos años el tiempo se detuvo lentamente.

Todo transcurre en un entorno con sus costumbres rutinarias, sus gentes sencillas, pero ricas interiormente, con sus rasgos típicos de Oriente: ojos penetrantes y profundos, sonrisa noble y sincera, y piel canela oscura. Donde los ancianos emanan sabiduría.

Es una vida enfocada hacia su interior, sin las necesidades materiales creadas en Occidente, sin los lujos innecesarios. La cultura se basa en otra escala de valores, totalmente austera.

Sattva, la madre, es conocedora de las plantas medicinales, una tradición familiar. Como suele ser en la aldea, las mujeres están entregadas al núcleo del hogar, conocedoras de lo dura que es la vida en la zona. Sus vidas están basadas en una educación mística budista; todo gira en torno a ello. Es la base principal para su equilibrio y paz interior, siendo la aceptación la base

fundamental en las leyes del karma y el dharma, basadas en el no sufrimiento emocional, que son los protagonistas causantes de los egos.

La comprensión es, en gran parte, lo fundamental del autoconocimiento, con unas convicciones muy profundas en sus creencias, heredadas de sus ancestros. Llevan una vida totalmente interna y solitaria, a la vez que participativa en la comunidad, pues es la base de la supervivencia.

Siendo muy respetuosa con la naturaleza y con los animales, sabiendo cuál es el ciclo de la rueda del Samsara, donde todo gira y se transforma.

Sus hijos están educados en estos conceptos espirituales, siendo estas las tradiciones en la familia, donde se rigen por las leyes de la reencarnación. Llevan una vida física muy dura y sin descanso, aceptando de buen grado lo que el día a día les da y les quita, buscando así el equilibrio.

Aficionada a sus labores, como coser y tejer, siempre estaba ocupada pero pendiente de todo lo que pasaba a su alrededor. Desde hacía algún tiempo observaba a su hijo menor, Segge, y estaba preocupada por algunos comportamientos insólitos que habían ido sucediendo, así como por sus propios sueños.

Observaba que tenía una actitud muy insólita para su corta edad. Todo esto la inquietaba, pensando que algo le estaba ocurriendo en su interior, que este ya no era su lugar, teniendo pensamientos contradictorios que, a la vez, se negaba a aceptar.

Ante esta angustia, un buen día se lo comentó a su esposo. Ambos decidieron que lo mejor era comunicárselo al Rinponche Kontul de la aldea.

Rinponche Kontul era el guía de la comunidad, con 60 años, de aspecto noble y bondadoso, y el máximo responsable del templo.

Este se comprometió a visitarlos próximamente en su hogar. Desde ese momento, los padres estuvieron más pendientes de su hijo.

Aproximadamente un mes después, Kontul se presentó en la casa familiar, dispuesto a tener una conversación con los padres y conocer más de cerca a su hijo Segge. Fue recibido por los padres, que esperaban impacientes. En ese momento, los niños aún no habían llegado del colegio, por lo que podrían tener una conversación a solas los tres y así poder manifestar sus inquietudes.

Mientras tomaban un té de leche de yak en la sala de la cocina-comedor, que era el centro de la actividad familiar, destacando un lugar especial para su pequeño altar, común en todos los hogares, la madre comentó que,

desde hacía algún tiempo, incluso durante su embarazo, en sus sueños, él le decía remedios medicinales con las plantas. Yo misma pude comprobar su eficacia con gran asombro. En otros sueños, lo veía sufrir, angustiado, perdido en un mundo extraño.

—No sé muy bien cómo explicarlo. Más que sueños parecían visiones, era una sensación muy extraña, sentía mucha angustia por él, no quería contárselo a nadie.

Fue cuando intervino su padre, diciendo:

—Estamos muy preocupados. Hay algo distinto en él de mis otras dos hijas, lo sé —dijo la madre.

Cogiéndole de la mano, Rinpoche Kontul intentaba tranquilizarla.

—Habéis hecho bien.

Ella continuó diciendo:

—Me acuerdo perfectamente de que, a la hora de dar a luz, vi como una gran luz verde que salía de mi interior. Sentí un gran amor, no sé lo que me pasó, pero sentí un sentimiento muy especial. Es muy difícil de explicar con palabras; sin embargo, no me pasó con mis otras dos hijas. Desde siempre he pensado que era especial. No sé si es el amor de madre, pero intuyo qué pasa en su interior. Segge es un ser especial. Al mismo tiempo, me angustia cuál es su destino.

Tras escuchar el relato, su marido la miró totalmente desconcertado, pues lo ignoraba.

Insistiendo ella:

—Sé que tenemos vínculos ancestrales muy fuertes nosotros dos, desde siempre lo sentí así, pero muy a mi pesar, creo que este ya no es su lugar. Hay señales que me hacen sospechar. Ahora me doy cuenta de que tenía que haber sido más sincera contigo, cariño. Lo siento, Drubpa.

En ese momento, hicieron la entrada sus dos hijas, Dechen y Gyewa, a toda prisa, jugando entre ellas. Drubpa preguntó al no ver entrar a Segge.

Sattva, preocupada, las miró, reprochándoles que lo hubieran dejado solo, siendo tan pequeño. Las niñas alegaron que estaba muy cerca y que no tardaría en llegar.

—No pasa nada, vendrá enseguida —contestó Rinponche, relajando el ambiente cargado de una cierta tensión y distrayéndose con otras conversaciones.

Aunque la preocupación seguía, no tardó mucho en hacer su entrada. Aliviada, su madre exclamó:

—¡Al fin llegaste, hijo! Eres muy pequeño para ir solo al bosque.

—Lo siento mucho, mamá —se disculpó Segge tímidamente.

—No pasa nada —intentó quitarle importancia su padre. Al fijarse en que no traía la leña, le preguntó:

—¿No ibas a por leña, hijo? ¿Dónde está?

Su respuesta los dejó sin palabras a todos:

—Sí, papá, pero los espíritus del bosque me han dicho que no me entretuviera y que me fuera corriendo a casa.

Kontul lo miró fijamente durante unos segundos. Acercándose a él, extendió su mano hasta tocarle la frente con la palma de su mano. El silencio era más que palpable; se podían percibir los pensamientos en los ojos de los padres. De repente, Rinponche parecía tener prisa, marchándose sin apenas decir nada, excepto alguna palabra de cortesía.

Seguido por los padres, que desde la puerta lo vieron alejarse hasta perderlo de sus miradas en las estrechas calles. Ellos se miraron el uno al otro en silencio durante un rato, interrumpido por una de sus hijas preguntando:

—¿Qué pasa? ¿Es por lo de mi hermano?

—No, ven aquí —dijo, mientras abrazaba a su madre.

—Lo siento, mamá.

—No pasa nada, tan solo es muy pequeño para ir solo.

—Mamá, no me aprietes tanto, que me haces daño.

—Lo siento, perdona.

El resto de la familia las observaba en silencio. Sattva invitó a todos a juntarse en un gran abrazo.

—Recordad siempre lo mucho que os queremos —dijo el padre, mientras su mirada penetrante buscaba los ojos de su esposa.

—Nosotras también os queremos mucho.

—Lo sé, sois un regalo —dijo su madre.

—¿Entonces no estás enfadada, mamá? —preguntó Gywa con una sonrisa.

—No, claro que no. Tranquilas, niñas, dadme un beso —dijo, mientras ella misma se los daba a sus hijas.

Las miradas cómplices de los padres seguían encontrándose de vez en cuando; se lo decían todo.

Desde aquellos acontecimientos transcurrieron unas semanas. Parecía que todo volvía a la rutina; sin embargo, inconscientemente, trataban con más tolerancia las travesuras de su hijo, dejándole más espacio en muchas situaciones en las que, de no ser por las circunstancias, no hubieran sido tan permisibles, pensando en que quizás pronto podría partir del hogar.

Ella, al igual que su marido Drubpa, iba asumiendo la nueva situación que les ponía la vida. Aunque en su mente lo comprendían, en su corazón les invadía una gran pena.

Conocían de algún caso en niños de otras aldeas, siguiendo el mismo camino que podría seguir el suyo, pero no en su aldea. Ausente de todo lo que pasaba a su alrededor, Segge no podía ser consciente de cómo le iba a cambiar su vida a tan temprana edad.

Mientras la familia seguía pendiente de recibir noticias, para Sattva los días eran más largos. Aprovechaba el máximo tiempo posible para estar con él, pero su corazón estaba realmente apenado. Se resistía a aceptar desprenderse de su hijo tan pronto; se sentía muy unida a él, aunque intentaba disimularlo extremadamente. Sabía que tenía que aceptar lo antes posible la nueva situación. No quería interferir en su karma, al mismo tiempo que no podía evitar su preocupación; era tan pequeño para estar fuera de la familia. Tenía claro que nada pasaba por casualidad, pero se preocupaba por no saber cómo le afectaría un cambio tan radical.

Para ella, era como si el destino se lo quisiera apartar de su lado. En los últimos días estuvo elaborando para él un amuleto, tejido en color granate, parecido en tamaño a una pequeña caja de cerillas, con hierbas, tierra, piedras y oraciones, a modo de talismán para que lo pudiera llevar colgado del cuello.

Finalmente, fueron llamados al monasterio. Una gran emoción envolvía al matrimonio ante la presencia del Rinponche en la gran sala. Este les invitó a sentarse, junto a los olores de los inciensos que envolvían la humilde estancia. Sin titubear y muy directo, les confirmó que Segge tendría que ingresar en un monasterio budista de Tsurpu para poder preparar su camino espiritual.

Era una escuela para niños especiales, a unos 250 kilómetros de su aldea. Pensando en las condiciones climáticas tan extremas, les explicó que sería mejor realizar el viaje el próximo verano y efectuar su ingreso.

—¿Qué os parece? —les preguntó.

—No sabemos lo que sea mejor para él —contestaron los inquietos padres.

—Entonces, decidido, lo organizamos todo con tiempo.

—Sí, de acuerdo —dijo al unísono el matrimonio, con la complicidad en sus miradas. Preguntando:

—¿Tendremos que hacer un ingreso económico, a modo de dote, para asumir su manutención?

—Tranquilos, ya sé de vuestra situación. Yo ya he hablado con Rinponche Kham de ella. Yo me haré cargo de una parte, otra la pondrá él mismo para el monasterio, realizando trabajos extras de mantenimiento, asegurándonos así su manutención. Como ya sabéis, hay cuatro escuelas principales dentro del budismo. Él irá a un monasterio exclusivo para niños en Tsuru, que está enfocado en el desarrollo del conocimiento del ser. A la mayoría de edad podrá decidir cuál camino escoger dentro de las diferentes filosofías en el budismo.

»Mi amigo Kham está al corriente de todo, nos conocemos desde hace muchos años. Como ya os he dicho, es un monasterio-escuela para niños con capacidades espirituales, donde podrá desarrollar sus estudios de formación, tanto a nivel interno como externo. Es una formación que requiere de mucha disciplina. Estad tranquilos, estará bien, es una gran oportunidad para él. Ya habrá tiempo de pensar, en su momento, cuando tenga que decidir sobre su destino. Tendrá alrededor de los 18 años, ya estudiaremos sus posibilidades y sus opciones. Centrémonos en el aquí y ahora, que es lo más importante en este momento.

»Estaré siempre muy pendiente de toda su evolución. Estáis haciendo lo correcto, no tengáis dudas. Os mantendré informados de todo en cada momento. Pensad en la oportunidad única que representa para él; tendrá un futuro con más posibilidades. No es una decisión que yo haya tomado a la ligera, está muy bien meditada, y sí, creo sinceramente que Segge es un ser especial. Démosle esta oportunidad.

Agradecieron esas palabras reconfortantes ante esta decisión tan dura, aunque el corazón aún no lo comprendía.

—No estéis tristes, es un honor para vosotros tener un hijo como Segge.

Drubpa, su padre, estaba en sus pensamientos, algo ausente, pues ya contaba con que le pudiera ayudar en las tareas del campo, de la casa, etcétera. Lo había previsto, como lo hizo él en su momento. Se rompían todos los

proyectos como padre, se sentía decepcionado. Pero sabía que era su mente la que lo traicionaba; las chicas tenían otros destinos más enfocados al nuevo hogar, así eran las costumbres en todas las aldeas de la zona para las mujeres.

Teniendo que hacer esfuerzos para aquietar su mente y así estar presente en la conversación, su esposa se dio cuenta, le tocó el brazo con suavidad para llamar su atención y que atendiera a las palabras.

—¿Lo habéis entendido?

—Sí, muchas gracias.

—Sé que puede ser algo difícil, pero es la mejor opción para él.

—Sí, lo sabemos, y se lo agradecemos, Rinponche.

—Además, yo mismo le acompañaré, viajaremos juntos hasta el monasterio Tsurpu. Así podré visitar a mi amigo Kham, hace mucho tiempo que no nos vemos. Ya lo organizaremos todo con más calma, tenemos casi un año por delante.

Se despidieron, marchándose en un silencio respetuoso, que mantuvieron hasta llegar al hogar.

Rinponche Kotul quiso informar a toda la aldea sobre los acontecimientos en la vida de Segge, convirtiéndose en todo un acontecimiento social, siendo la familia el punto de atención, por ser el primer caso que se daba en la aldea. La comunidad sintió que formaba parte de un gran momento, ya que nunca pasaba nada importante en sus vidas rutinarias y tranquilas. Hacían que sus padres lo vivieran sintiéndose muy orgullosos.

Todos se sentían atraídos hacia la familia, recibiendo más atenciones y comida. Estaba considerado muy buen karma ser bendecido con un niño que pudiera algún día llegar a ser Rinponche.

El tiempo iba pasando. Con la llegada del duro invierno, todo transcurría dentro de una cierta normalidad, hasta que empezaba a despertar la primavera. Sus padres hacían grandes esfuerzos para explicarle, de la forma más adecuada para su edad, lo que le iba a suceder, con el fin de que comprendiera la suerte que había tenido por ser un niño especial. Tendría la oportunidad de estudiar en un monasterio con otros niños como él, siendo una oportunidad única. Él, con resignación y respeto, iba aceptando las decisiones de los mayores, pero un día le preguntó a su madre:

—Mamá, ¿tú quieres que vaya al monasterio?

—Claro que sí, hijo, es tu destino. Tenemos que aceptar las voluntades, confía en tu ser.

—Sí, mamá —dijo, quedándose pensativo sin saber muy bien qué decir.

En la aldea todos celebraban su suerte, pero él no era consciente, no acababa de comprender, dejándose llevar por los acontecimientos tan solo con gestos de conformidad sin demasiado entusiasmo.

En la aldea se hacía una vida más enfocada hacia el interior de los hogares, hasta la llegada de la primavera y el buen tiempo. Su madre aprovechaba el tiempo que tenía libre para explicarles a sus hijos leyendas y cuentos simbólicos, donde se desarrollaban procesos personales en las tradiciones tibetanas, ayudándoles a reflexionar sobre los valores de la vida. Sus hermanas, Gywa y Dechen, veían toda esta situación con cierta envidia hacia Segge. Casi siempre era el centro de atención, el protagonista tanto en casa como en el lugar, aunque sus padres intentaban evitarlo en lo posible para quitarle importancia.

Una noche, estando dormido, sintió una presencia en su habitación. Al abrir los ojos, vio una luz dorada muy intensa flotando y dando vueltas. Asustado, estaba paralizado, intentando cerrar sus ojos, pero su intensidad tan brillante se lo impedía. Flotando por encima de su cama, y sin saber cómo, se encontraba en su interior. Elevado, se trasladó hacia la ventana, atravesándola, a pesar de estar cerrada. Se sentía que estaba dentro de un cuento. Hasta que, en un espacio de tiempo, visualizó estar en una ciudad que parecía ser de cristal, emitiendo luz de varios colores. Se mantuvo dando vueltas a su alrededor, visualizándolo todo desde arriba, con sus altas construcciones y edificios transparentes, pero, a pesar de ello, no se podía ver su interior.

Se sentía como hipnotizado, captando toda su atención. De pronto, sin saber cómo, se volvió a encontrar en su cama. Pudo observar a sus hermanas que dormían plácidamente, mientras que la gran bola dorada, que permanecía flotando, dio tres vueltas hasta que desapareció por completo, volviendo a quedarse la habitación a oscuras, tan solo con la luz de la noche que entraba por la ventana.

Segge no sabía definir si fue un sueño o si realmente lo vivió en realidad. Esta experiencia le causó un gran impacto emocional; se le mezclaban conceptos que no podía comprender, perdido entre dos realidades, sensación que jamás olvidaría. Ni siquiera se lo quiso contar a su madre, como solía hacer en otras ocasiones para que le interpretase sus sueños, siendo

algo habitual entre ellos dos. Sin embargo, en esta ocasión, prefirió callarlo, quizás por miedo a comentarios, risas... No quería causar más problemas. Además, se despertó por la mañana sin apenas recordar nada, teniendo todo muy confuso. Tan solo les preguntó a sus hermanas si habían visto algo esa noche. Ellas, mirándose divertidas, contestaron que no, agregando que Segge estaba siempre con sus tonterías. No dando más importancia al asunto, supo que había hecho bien en callar.

Mientras los preparativos iban avanzando, Rinponche decidió organizar una celebración en su honor. Las buenas temperaturas permitieron que se organizara en las afueras de la aldea, cerca de donde pasaba el río frío.

Llegó el día de la fiesta en la aldea. Desde las primeras horas de la mañana había mucha actividad con los preparativos de las mesas, llevando sus comidas, etcétera. Se vivían las ganas de la celebración. Sattva, sin embargo, se sentía algo incómoda ante tantas expectativas por su hijo; sentía que todo iba demasiado rápido, mientras preparaba el desayuno con una tarta de queso recién hecha. Ante la actividad que se percibía fuera de la casa, era imposible no contagiarse con la alegría que sentían todos. Drubpa fue a despertar a sus hijos.

—Despertaos —dijo, dirigiéndose a Segge—. Te están esperando, levantaos, hoy será un día muy especial para todos.

Él se resistía, haciéndose el remolón. En realidad, le incomodaba mucho ser el centro de atención. Era bastante solitario, reservado, algo vergonzoso para mostrar sus sentimientos y menos en público. Fue su madre quien tuvo que insistir en que se levantara, pues se estaba haciendo tarde. Al fin consiguió que salieran todos juntos, llevando todo lo necesario para pasar el día fuera, en el campo. Enseguida se acercaron los primeros vecinos, cuya felicidad contagiosa se notaba en todo el ambiente. Querían estar junto a Segge, sobre todo los niños.

Su madre pensaba que era tan solo un pequeño niño. Le parecía impropio de su edad que lo trataran como si ya fuese un Rinponche, dando por hecho que este sería su destino.

Llegaron al amplio, acaudalado y frío río. Era de los pocos lugares donde había vegetación de grandes árboles, el agua les favorecía. La actividad era frenética; los ancianos hacían tertulia sobre el tema en cuestión, preguntándose cómo le iría. Otros continuaban con los preparativos, mientras los

niños jugaban. Era un acontecimiento único, una auténtica fiesta social tan importante por ser el primer niño de la aldea elegido para este camino.

El monje Kontul llevó su pequeña cámara de fotos para inmortalizar el momento. Todos querían hacerse fotos con el pequeño, sintiendo así que formaban parte.

Realizó un pequeño sermón sobre la importancia en el camino budista, siendo muy emotivo. Todo transcurría alrededor de las mesas, entre la comida que habían elaborado todas las familias, siendo compartida entre todos con mucho cariño.

Sattva observaba todo con una cierta distancia, mientras que su dolor no hacía más que aumentar. Lo que se suponía era un honor para la familia, para ella, sin embargo, su corazón no lo comprendía. Llamando a su hijo y estirando los brazos para recibirlo, le preguntó al oído cuando lo abrazó:

—¿Cómo estás, hijo?

—Bien, supongo —contestó, con una caída de hombros—. ¿Estás tú contenta, mamá?

—Claro que sí, hijo. Eres especial y siempre lo serás para mí. No lo olvides nunca, ¿de acuerdo? —dijo, abrazándolo cariñosamente.

—¿Entonces por qué estás tan triste, mamá?

—No, hijo, no lo estoy. Son cosas de mayores. —Se fue levantando poco a poco—. Mira lo que te he hecho, es un collar tejido para ti, para que te proteja. Llévalo puesto al cuello siempre.

A la vez, se lo estaba poniendo.

—Se puede hacer más largo para que, cuando crezcas más, lo puedas llevar. Recuérdalo.

—Sí, mamá, me gusta mucho, es muy bonito, gracias —le dijo alegremente, tocándola.

—Anda, ve ya a jugar con los otros niños, que te están esperando.

Sattva, con esta acción totalmente inconsciente, estaba aceptando y reconociendo el destino de su hijo. Mientras él corría en dirección al río, levantando el brazo saludando a su madre, ella, sumergida en sus pensamientos, reflexionaba quién era ella para impedir que se cumpla con su destino. Preguntándose quién era en realidad su hijo.

Su padre, desde una cierta distancia, lo miraba todo con impotencia, sin acabar de comprenderlo. Para él era una decepción que intentaba no dejar ver, no quería decepcionar a nadie, por lo que llevaba en silencio su

frustración mental, que no lo dejaba tranquilo, pero el aparentab todo lo contrario. Estaba lleno de contradicciones.

El festejo se alargó hasta bien entrada la tarde. Todo transcurría entre risas; los niños acabaron metidos dentro del río sin importarles lo fría que estaba el agua, bailando con los cantos e instrumentos musicales tradicionales. La alegría transcurría en un ambiente muy familiar.

Para Kontul ya era la hora de retirarse. Acercándose a sus padres, les dijo:

—Ha sido todo un acontecimiento.

—Sí, la verdad, lo es. Muchas gracias, Rinponche.

—No estéis tristes, es un regalo para vuestra familia. Me acuerdo perfectamente cuando me pasó a mí, nunca lo he olvidado. Para él será lo mismo. Estará en muy buenas manos.

Sattva, en complicidad con Drubpa, contestó:

—Gracias por todo su esfuerzo e interés, estamos muy agradecidos.

—Pensad que yo estaré siempre muy pendiente y en todo momento. Además, como ya sabéis, siempre podrá volver si no fuese su camino. Hay tiempo antes de tomar decisiones superiores y hacer sus votos.

—De acuerdo —contestó Drubpa, inclinando la cabeza a la vez que abría los ojos.

Despidiéndose, cada uno se quedó con sus pensamientos.

Una vez ya con la llegada del invierno, todo permanecía en reposo. El silencio general estaba presente en las calles; las montañas nevadas mostraban un poder majestuoso. En este periodo, sus vidas transcurrían totalmente en el interior de los hogares. Para la familia, era una oportunidad de estar más tiempo juntos, compartiendo el poco espacio, haciéndolo íntimo y lo más ameno posible.

La madre, de vez en cuando, era solicitada por sus conocimientos en los remedios naturales en algunos hogares, pues estaba muy bien valorada. Las fotografías que se realizaron en la fiesta, las que le entregó Rinponche, las había puesto por la casa sin marcos. Al mirarlas, le daban que pensar en muchas de las cosas de ese momento... el tiempo iba avanzando, poco a poco... sin embargo, para ella transcurría demasiado rápido.

Los animales, junto con las conservas realizadas en primavera, eran la principal fuente de alimentación en la larga estación de invierno. Con los primeros días de primavera, con su lento despertar, la madre seguía inquieta,

algo más por la proximidad de la partida. Decidió apoyar y dejar a un lado sus sentimientos más personales, pues era consciente de la importancia que tenía para él, así que hizo un cambio de actitud en positivo.

La naturaleza estaba otra vez llena de vida, por todas partes, se olía, se veía, se sentía. Rinponche Kontul decidió visitar a los padres en la aldea. Cuando lo vieron, supieron que había llegado el momento, como así se les fue confirmado.

—¿Tan pronto? —dijeron casi en un susurro.

—Sí, es lo mejor. Es un viaje largo y necesitamos dejarlo todo bien organizado. ¿Os parecería bien si en la próxima luna creciente salimos? Será en unos diez días.

El matrimonio, mirándose sin saber qué decir, finalmente contestó:

—Bien, lo que considere mejor.

—Bien, así pues, lo organizaremos.

Entraron en la vivienda lentamente, mientras Rinponche seguía hablando de la partida.

—Saldríamos el día siete al alba, a las cinco de la mañana.

Después de tomar un té y hablar educadamente, se despidieron. Se hizo un largo silencio en el ambiente. Cuando Rinponche hubo salido del hogar, los padres se miraron y se abrazaron, pues las palabras sobraban en ese momento. Sattva, mientras abrazaba a su esposo, con la mirada visualizó a Segge jugando con sus hermanas a través de la ventana de la cocina, diciéndose para sí misma: «Hijo mío, que tu ser te guíe en el camino de tu karma».

Llegó la madrugada tan temida para ella. Después de pasar casi toda la noche sin apenas dormir, seguía angustiada, luchando con sus sentimientos. Se dirigió a despertar a su hijo con un beso en la mejilla.

—Vamos, perezoso, llegó el día de tu viaje, ¿no oyes cómo las trompetas te quieren acompañar? Están sonando para ti.

Se levantó abrazándose a su madre.

—¿Y si no quiero ir, mamá?

—Claro que sí, que tienes que ir, es tu destino, hijo. Vamos, te están esperando, ya tienes el desayuno preparado.

Mientras sus hermanas se despertaban, inquietas se fueron a la cama de su hermano y se pusieron a jugar. La madre, mientras observaba a sus hijos todos juntos, les dijo:

—Vamos, vamos, ahora no es momento de juegos.